

SANTA TERESA DE JESÚS, MAESTRA DE ORACIÓN

JOSÉ-DAMIÁN GAITÁN DE ROJAS
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"
MADRID

En la exposición del presente tema que se me ha pedido sobre Santa Teresa de Jesús como maestra de oración primero me detendré en ir presentando la figura de Teresa como mujer y cristiana, que ha ido aprendiendo a lo largo de su vida el camino de la oración. Para comprender desde dentro de alguna manera dicho camino recorrido, es importante trazar, aunque sólo sea a grandes rasgos, su camino humano y religioso. Es lo que haré en la primera parte. Después, en una segunda parte, me detendré en analizar, si quiera muy someramente, algunos puntos que nos ayudan a comprender el valor que tiene el *Camino de perfección* de santa Teresa como libro escrito para enseñar a orar¹.

I. FORMACIÓN EN LA FE, VIDA DE ORACIÓN Y EXPERIENCIA DE DIOS

1. *Las raíces familiares*

Como es sabido, la fe y la santidad no se dan nunca fuera de las connotaciones y realidades humanas en las que se desarrolla la vida de una persona concreta.

Hace unos años, con ocasión de la canonización de Edith Stein (12-10-1997), se comentó que era la primera judía cristiana canonizada oficialmente por la Iglesia. El postulador de dicha causa recordó entonces que era la pri-

¹ Para referirnos a los escritos teresianos usaremos en el presente estudio las siglas siguientes: V = *Libro de la vida*; CE = *Camino de perfección*, primera redacción, manuscrito de El Escorial; CV = *Camino de perfección*, segunda redacción, manuscrito de Valladolid.

mera que públicamente aceptaba el ser cristiana sin perder su condición social de judía, pero que en el pasado había habido santos canonizados procedentes de familias judeoconversas. Uno de ellos fue precisamente santa Teresa.

Frente a los que en épocas pasadas defendían una Teresa de Jesús santa y prototipo de la raza hispánica pura, hay que decir que su abuelo paterno, Juan Sánchez de Toledo, era un comerciante judeoconverso, delatado a la Inquisición y reconciliado el 20 de julio de 1485. La historia de la pretendida hidalguía de la familia de la Santa en la rama paterna no es cosa de los tiempos modernos (s. XIX-XX), sino que viene de lejos, desde 1520 y 1523, fechas en las que obtuvieron reconocimiento oficial de hidalguía, después de pagar a testigos. Nunca Teresa habla de esto, pero fue algo que a ella le tocó vivir en casa en su primera infancia, y después, en épocas posteriores, el asumir familiarmente un *status* económico y social que les trajo muchos quebraderos de cabeza. Sin duda por todo lo que acabo de decir, años más tarde la Santa se movió siempre con gran soltura entre mercaderes y comerciantes, profesión propia de judeoconversos, a la hora de pedir y recibir ayuda para la fundación de sus monasterios.

El padre de Teresa se llamaba Alonso Sánchez de Cepeda y había nacido en Toledo en 1480, aunque desde muy niño había vivido en Ávila. Se casó dos veces, siempre con hijas de familias de tradición reconocida de ser cristianos viejos. La primera vez lo hizo con Dña. Catalina del Peso, en 1505. Ella murió pocos años después, en 1507, dejando dos hijos: María y Juan. En 1509 contrajo un segundo matrimonio. Esta vez con Dña. Beatriz de Ahumada, joven de catorce o quince años. De este matrimonio nacieron diez hijos: Hernando, Rodrigo, Teresa, Juan, Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín y Juana. Teresa misma en su autobiografía o *Libro de la Vida* nos dice: “Éramos tres hermanas y nueve hermanos”².

Su carácter y su posición estratégica en medio de tantos hermanos varones y sólo otras dos hermanas mujeres, la mayor y la más pequeña, hizo que ella fuera de hecho muy querida y amada de todos, especialmente de su padre³.

En el hogar familiar fue su madre quien le enseñó a rezar, a practicar la virtud, a leer vidas de santos, cuyas gestas quería imitar. Empezó así, ya desde niña, a descubrir a Dios y la vanidad de la vida, en lo que después llamaría “la verdad de cuando niña”⁴.

² V 1,4.

³ Cf. *ibíd.*

⁴ V 3,5. Así describe Teresa su hogar familiar: “El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era

Dña. Beatriz murió pronto, a finales del 1528, cuando sólo contaba con treinta y tres años. Teresa tenía entonces unos trece. La muerte de su madre fue para ella un duro golpe; que, por otra parte, la llevó, en una primera reacción interior, a pedir a la Virgen que en adelante fuera ella su madre⁵.

Al poco de la muerte de su madre el despiste de la adolescencia y juventud se apoderó de Teresa, y su forma de ser e ideales empezaron a cambiar. Entre otras cosas, comenzó a dedicarse a lo que llama en sus escritos “vanidades”; y cambió las vidas de santos por la lectura de libros de caballerías⁶. La verdad es que, si lo pensamos bien, todo esto no estaba tanto fuera de lo que era corriente en aquel tiempo. No tenemos que olvidar que Teresa por entonces tenía ya unos trece años, y que su madre se había casado con catorce o quince años.

En 1531, cuando Teresa ya tiene dieciséis años, se casa su hermana mayor, María. Hasta entonces ésta se había preocupado en lo posible, junto con su padre, de la educación de Teresa. Poco después deciden llevarla como interna al Monasterio de las Agustinas de Gracia en la misma ciudad de Ávila, en el que estará aproximadamente año y medio: desde la primavera de 1531 al otoño de 1532, en que vuelve enferma a casa. La experiencia ha sido altamente positiva. En el monasterio la religiosa agustina María Briceño supo ganarse su amistad y ayudarla a reencontrarse con lo mejor de sí misma⁷.

mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad, y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos. Decía que, de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente” (V 1,1-2; cf. 1,6).

⁵ Cf. V 1,7.

⁶ Cf. V 2,1-6.

⁷ Cf. V 2,6-10; 3,1-3.

2. *El largo camino de la santidad*

Para nuestro consuelo, la historia de Teresa de Jesús nos demuestra que no siempre la santidad ha sido una realidad adquirida desde la infancia o fruto de una decisión drástica en la vida. Más bien su historia es la de un dilatado proceso en el que no faltan encuentros y desencuentros consigo misma y con las cosas de Dios; pasos decisivos hacia adelante y pequeños, aunque importantes, retrocesos.

En el apartado anterior ya hemos hecho referencia a cómo sucedieron las cosas en este sentido durante la infancia y adolescencia-juventud de Teresa. Ahora quiero detenerme en otros momentos de etapas posteriores de su vida.

La experiencia como interna en el Monasterio de Gracia le había marcado espiritualmente, como dije más arriba. Lo cual da como fruto en ella el nacimiento de la vocación religiosa, que, en noviembre de 1535, con veinte años, le lleva a ingresar como religiosa, no en el monasterio antedicho de las agustinas, sino en el de la Encarnación, de monjas carmelitas. Esta vez para ir al monasterio tuvo que huir de casa, ante la oposición tenaz de su padre, y sintiendo que el alma se le partía por dentro al dejar a su padre y la casa paterna⁸. Por entonces ya no estaba en casa, como dije, su hermana mayor, y algunos de sus hermanos habían empezado a partir para América, pero quedaban otros más pequeños que ella. Fue un gesto valiente por su parte, que demostraba una vez más su estilo y carácter, aunque mucho le quedaba aún por recorrer.

En 1538, con veintitrés años y ya monja, cae gravemente enferma, sale del monasterio y va con su padre camino de Becedas, donde había una curandera famosa. De camino a dicha localidad paró en casa de un tío, hermano de su padre, quien le hizo conocer un libro importante en su vida el *Tercer Abecedario Espiritual* del franciscano Francisco de Osuna⁹, publicado en Toledo en 1527. A través de su lectura empezó a descubrir de una forma nueva a partir de este momento el gusto por la soledad, el recogimiento y la oración personal: cosas que tanto le ayudaron en ese periodo de enfermedad, y que marcarán posteriormente su vida, vocación y misión en la Iglesia.

Después de varios meses de estancia y tratamiento en Becedas, vuelve a Ávila peor de lo que había ido, y hasta sufre un colapso que la dejó “muerta” e inconsciente durante tres días en el mes de agosto de 1539. A consecuencia de lo cual queda tullida y medio parálitica por espacio de casi tres años,

⁸ Cf. V 4,1.

⁹ Cf. V 4,6.

ya de nuevo en el monasterio de la Encarnación¹⁰. De ello se siente curada en abril de 1542, tras encomendarse a San José¹¹, del que quedará deudora toda su vida, y bajo cuya advocación pondrá muchos de sus futuros monasterios.

Curiosamente, a partir de dicha curación para ella milagrosa, gracias a la cual pudo recuperar un ritmo de vida normal, Teresa comienza a vivir una etapa que ella misma considera de enfriamiento en la oración y en la relación con Dios. Este enfriamiento no consistía tanto en hacer cosas que no hicieran otras religiosas de su misma casa, cuanto en abandonar la coherencia con las exigencias de Dios que ella había sentido y vivido en años anteriores. Incluso confiesa que hacía más cosas buenas y de piedad y devoción de lo que en sí estaba obligada o hacían otras en su monasterio¹².

Dicho enfriamiento en lo espiritual, por otra parte, no le impedía seguir hablando a otros de los bienes de la oración personal y la soledad, como lo hacía desde que la había descubierto personalmente como un bien algunos años atrás. Defecto éste, dice ella, de los principiantes, que intentan convencer a los demás de lo que acaban de descubrir, pero no ponen igual empeño en seguir y perseverar ellos por ese camino. Así dice: “me dejaba perder a mí y procuraba ganar a otros”¹³.

El caso más curioso en este sentido fue el de su padre, al que había conquistado como a tantos otros para esta causa de la oración y prestado libros útiles sobre el tema, y a quién tuvo que confesar finalmente que ella “ya no tenía oración, aunque no la causa”¹⁴.

Cuando años después, en torno al 1562-1565, escribe el *Libro de la Vida* y juzga, ya en el distancia, la lección sacada de la experiencia de estos años a los que me acabo de referir, dice así: “Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible (después de la enfermedad y curación) dejaros tan del todo a Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer, porque en apartándoos un poco de mí daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre que, aunque os dejaba yo a Vos, no me dejaste Vos a mí tan del todo que no me tornase a levantar, con darme Vos siempre la mano; y muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender cómo muchas veces me llamabais de nuevo, como ahora diré”¹⁵.

¹⁰ Cf. V 6,1-2.

¹¹ Cf. V 6,5-8.

¹² Cf. V 7.

¹³ V 7,13.

¹⁴ V 7,11.

¹⁵ V 6,9.

Sin duda estas experiencias ayudaron a Teresa a no ser una mujer en-greída de su propia virtud y santidad, sino más bien consciente de su propia debilidad; lo que no se opone a su fe en la misericordia de Dios y a su voluntad de ir siempre adelante con gran determinación¹⁶.

Esta misma actitud de prudencia y humildad es la que después enseñará a otros. En su libro *Camino de perfección*, redactado en principio para su recién fundado monasterio de San José, entre los años 1565-1566, y revisado y ampliado en una segunda redacción poco después (entre 1567 y 1569, según autores), dice a este respecto comentando la frase: “No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”: “Hácenos entender el demonio que tenemos una virtud –digamos paciencia– porque nos determinamos y hacemos muy continuos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y así estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso de estas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba; porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia al suelo. Cuando muchas veces sufriereis, alabad a Dios que os comienza a enseñar esta virtud y esforzaos a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os la da, y no la tengáis sino como en depósito, como ya queda dicho”¹⁷.

Éste realismo espiritual, fruto de su propia experiencia, lo había expresado también muy gráficamente en clave más personal en el mismo libro de *Camino de perfección* unos párrafos más arriba del texto apenas citado. Dice en este otro texto: “–¿Nunca lo habéis visto por vosotras mismas, hermanas? Pues yo sí: unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho, de verdad, viniendo a la prueba, lo estoy; otra vez me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día antes burlara yo de ello, que casi no me conozco. Otras veces me parece que tengo mucho ánimo y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro; y probado es así que le tengo para algunas; otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Así, unas veces me parece que de ninguna cosa que me murmurasen ni dijesen de mí, no se me da nada, y probado algunas veces es así, que antes me da contento. Vienen días que sola una palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa así”¹⁸.

¹⁶ Cf. V 6,9.

¹⁷ CV 38,8.

¹⁸ CV 38,6.

Asombra constatar que la que dice estas cosas no es la Teresa de los años de enfriamiento espiritual en la Encarnación a sus veintisiete y veintiocho años, sino la que ya empezaba a ser maestra y madre reconocida, con más de cincuenta años de edad, y que había entrado decididamente desde hacía algunos años en los caminos de la madurez cristiana y mística.

Pero volvamos de nuevo la mirada hacia los largos años de lucha en el camino de la santidad. La muerte de su padre en diciembre de 1543 supone para Teresa el comienzo de un nuevo paso decisivo en su vida, ya esta vez sin vuelta atrás. Lo cual no quiere decir que el camino espiritual fuera para ella a partir de entonces algo fácil y sin dificultades. Más bien todo lo contrario.

Muchas y variadas cosas le fueron de ayuda en este nuevo caminar. En primer lugar el consejo espiritual del dominico P. Vicente Barrón, que había sido confesor de su padre en sus últimos años y con quien Teresa empieza a confesarse. Éste la anima a emprender de nuevo una vida coherente y a no dejar la oración personal. Así describe ella estos primeros momentos de la nueva etapa: “Comencé a tornar a ella (la oración) –aunque no a quitarme de las ocasiones–, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas; por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía en el mundo, dábanme gran contento todas las cosas de Dios, teníanme atadas las del mundo; parece que quería concertar estos dos contrarios –tan enemigo uno del otro– como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí(...) sin encerrar conmigo mil vanidades”¹⁹.

Esta etapa duró años, según el testimonio de ella misma; explícitamente dice que duró “casi veinte años”²⁰. Confiesa que no sabe cómo fue capaz de perseverar e ir adelante en medio de tanta lucha y contradicción interior, aunque atribuye un gran mérito en todo esto al haber vivido agarrada a la fuerte columna de la oración²¹. Pero no todo era oración y esfuerzo humano

¹⁹ V 7,17.

²⁰ V 8,2.

²¹ “Por estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con estas caídas y con levantarme y mal –pues tornaba a caer– y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años” (V 8.2).

por su parte, sino también grandes y continuas gracias de Dios en este tiempo, así sentidas y reconocidas. Dice: “¡Oh, válgame Dios, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo a meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo a hacer obras para descubrir la que era, y el Señor encubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande a los ojos de todos (...) ¡Oh Señor de mi alma! ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hiciste?”²².

En este camino ella, por otra parte, es consciente por experiencia de que no basta con rezar o suplicar. Un texto bien bello y expresivo en este sentido es el siguiente: “Suplicaba al Señor me ayudase, mas debía faltar –a lo que ahora me parece– de no poner en todo la confianza en su Majestad y perderla de todo punto en mí. Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir –que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte– y no había quien me diese la vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole”²³.

A pesar de que Teresa dice que su fuerte lucha duró casi veinte años, y a pesar de la desorientación de algunos de sus amigos a la hora de discernir su camino como luego diré, a partir de 1554 en su vida comienza una nueva etapa, o, si se prefiere la etapa más claramente mística, que le lleva a vivir en 1556, dos años después, la gracia del desposorio espiritual. Una gracia especial a la que le seguirán otras gracias místicas especiales en años sucesivos.

Vayamos por orden. En la cuaresma de 1554 se produjo un hecho fundamental, que algunos denominan el momento de su conversión definitiva. En aquellas fechas habían traído al oratorio de la comunidad una imagen de Cristo muy llagado, y, al verla, a Teresa se le representó de tal manera toda la historia de su vida, del amor de Dios y de sus infidelidades, que arrodillada junto a dicha imagen de Cristo le pidió de una forma muy sentida que la fortaleciese ya de una vez para no ofenderle. Esto era algo que lo había pedido muchas veces, pero, confiesa, “esta postrera vez, de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme, continúa, le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces”²⁴.

²² V 7,18.

²³ V 8,13.

²⁴ V 9,3; cf. 1-3.

3. Los amigos y los libros

En estos años a los que me estoy refiriendo Teresa descubrió también la necesidad e importancia de tener gente amiga con la que compartir ideales y ayudarse de verdad en este camino, haciéndose espaldas unos a otros, porque “gran mal es un alma sola entre tantos peligros”²⁵. “Para caer, dice, había muchos amigos que me ayudasen, para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída y alabo la misericordia de Dios, que era sólo Él que me daba la mano”²⁶.

Así, desde entonces buscó rodearse siempre de amigos que la ayudasen de verdad en el camino de Dios: confesores, teólogos y maestros espirituales reconocidos, e incluso algún que otro laico y laica sensibles a las cosas de Dios. Aunque, para decir toda la verdad, en muchas ocasiones estos tales amigos pasaron con el tiempo de ser maestros a ser discípulos. Tal era la fuerza espiritual que proyectaba Teresa hacia los demás. Un testimonio de esto es el texto que encontramos a mitad del *Libro de la Vida*, donde a un cierto punto, hablando de su pasión por las cosas de Dios, exclama: “Este concierto querría que hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo (ella misma y los destinatarios del libro: García de Toledo, Domingo Báñez (dominicos), Gaspar Daza y Francisco Salcedo), que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí mismo como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos”²⁷.

Pero, en los años de fuerte lucha y sufrimiento interior a los que me estoy refiriendo ahora, no siempre todos supieron ayudar a Teresa de forma adecuada, incluso con la mejor buena voluntad. Recibió una ayuda positiva en el discernimiento de los caminos de Dios en su vida de parte del ya mencionado P. Vicente Barrón en los años cuarenta. Después, en la década siguiente (a partir del 1554), también de parte de los jóvenes PP. jesuitas Diego de Cetina, Baltasar Álvarez y Juan de Prádanos.

Sin embargo, por ejemplo, Gaspar Daza y Francisco Salcedo -sacerdote abulense el primero y laico casado, también abulense, el segundo- en torno al 1558, después de leer atentamente una relación escrita por la Santa sobre

²⁵ V 7,20.

²⁶ V 7,22; cf. 7,20-22; 23,4.

²⁷ V 16,7.

su estado espiritual, decidieron que todo lo que le estaba pasando era obra del demonio, y hasta le dieron consejos de cómo tenía que actuar para librarse de semejante situación. Años más tarde dirá ella: “No entiendo estos miedos: ¡demonio, demonio! adonde podemos decir: ¡Dios, Dios! y hacerle temblar”²⁸. De este embrollo la sacaron los jesuitas que la invitaron a seguir con tranquilidad interior confiando en Dios y centrando la oración de cada día en la humanidad de Cristo²⁹.

Los libros también ayudaron a Teresa mucho en estos años. No sólo porque, como ella reconoce, dado su carácter “jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro”³⁰, sino además porque ellos le sirvieron de una forma decisiva a la hora de comprender tanto el camino de la oración personal como de entenderse a sí misma en dicho camino. Ya hice referencia más arriba a su descubrimiento del *Tercer Abecedario Espiritual* de Francisco de Osuna. Posteriormente, como ella misma nos dice en su autobiografía, se sirvió de la obra de Bernardino de Laredo (*Subida del Monte Sión*) para escribir su primera relación espiritual destinada a Gaspar Daza y Francisco de Salcedo, de la que ya también hemos hecho mención³¹. Y, en la misma línea, recuerda el bien que le hicieron unos libros de Fray Pedro de Alcántara sobre la oración³² y el *Arte de servir a Dios* de Alonso de Madrid³³. Todos estos autores eran, como se sabe, franciscanos. A través de los mismos Teresa entró así en contacto no sólo con ellos como maestros, sino al mismo tiempo con la fuerte corriente de espirituales franciscanos de la primera mitad del siglo XVI español y sus enseñanzas sobre el camino espiritual, la oración y el recogimiento.

Junto a estos, confiesa que leía otros libros espirituales que fueron incluidos en el “Índice de libros prohibidos” publicado en 1559 por el inquisidor general Fernando de Valdés. Comenta al respecto que “cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya por dejarlos en latín”. Como Dios, sin embargo, sabe sacar bienes de males, ésta fue ocasión para una importante experiencia espiritual en su vida. “Me dijo el Señor: “No tengas pena, que yo te daré libro vivo”. Y aprovecha para decir que el verdadero libro de donde ha aprendido las grandes verdades de la vida ha sido Cristo.

²⁸ V 25,22.

²⁹ Cf. V 23-25.

³⁰ V 4,9.

³¹ Cf. V 23,12.

³² Cf. V 30,2.

³³ Cf. V 12,2.

“¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer de manera que no se pueda olvidar!”³⁴. Es este un texto que a veces ha llevado a describir a Teresa como una mujer de sólo oración y no necesitada de libros para encontrar a Dios. Pero esto queda desmentido no sólo por toda su trayectoria humana y espiritual, a la que hemos aludido antes, sino también por la recomendación que años después da en sus *Constituciones* a las Prioras: “Tenga cuenta la priora, dice, con que haya buenos libros (...), porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo”³⁵.

Por buenos libros no entiende sin más libros “buenos” o piadosos, como algunos, por su parte, han querido entender, pretendiendo cerrar así a las carmelitas el acceso a la cultura religiosa y al mejor conocimiento de la fe. La recomendación de santa Teresa a sus monjas es clara sobre la necesidad del profundizar en la fe a través de la lectura, tan importante al alma como el comer para el cuerpo. Pero ella misma era consciente de lo limitado que tenía la mujer y la religiosa de su tiempo el acceso a libros que ayudasen a dicha profundización en la fe, dado que, sobre todo a partir del mencionado *Índice* de Valdés, se redujo aún más el campo de lo disponible para las mujeres en castellano. De ahí su necesidad de tener que completar sus lecturas con otro tipo de formación más propia de una tradición de cultura oral, como era oír sermones y andar consultando a grandes letrados y teólogos. Sobre los mismos, sin duda porque por muchos motivos se sabe necesitada y, en cierto modo, dependiente en muchas cosas de ellos, dice: “Espántanme muchas veces letrados, religiosos en especial, con el trabajo que han ganado lo que sin ninguno, más que preguntarlo, me aproveche a mí (...) ¡Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hiciste!; más aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten. Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz (...) Plega al Señor los tenga de su mano y los ayude para que nos ayuden, amén”³⁶.

En un mundo de desconfianza entre espirituales y letrados o teólogos, de denuncias de los segundos contra los primeros (recuérdese en esos años, entre otros, el sonado proceso al Arzobispo de Toledo Carranza, a partir de

³⁴ V 26,6. En V 12, 6 comenta que, aunque tuvo mucho tiempo en que leía cosas y no entendía lo que leía ni lo que otros le querían hacer entender de lo que le pasaba, sólo cuando Dios quería lo entendía, porque, dice, se ve que nuestro Señor quería ser él sólo el maestro; cf. también 22,3.

³⁵ *Constituciones* 1,13.

³⁶ V 13,20.

1558)³⁷, Teresa confiese que le dan más seguridad los teólogos que los puramente espirituales, e incluso que el guiarse solamente por libros “buenos”, sin una ulterior ayuda y discernimiento. Reconoce que en alguna ocasión la lectura de esos libros espirituales la llevaron por un camino desviado. “Como yo no tenía maestro, dice, y leía en estos libros por donde poco a poco yo pensaba entender algo (...), en comenzando a entender algo sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea, aunque ir levantando el alma yo no osaba, que –como era siempre tan ruin– vía que era atrevimiento; mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es así, y procuraba estarme recogida con Él; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho. Y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la Humanidad (de Cristo), sino que en hecho de verdad me parecía que era impedimento. ¡Oh, Señor de mi alma y bien mío, Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me de pena, y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia”³⁸.

Como consecuencia de ésta y otras experiencias propias o ajenas, Teresa da al respecto unos criterios que desea sean claros, aunque por otra parte se enreda un tanto en la explicación, porque no quiere olvidar tampoco lo positivo de unos, los espirituales, y lo de los otros, los letrados: “Importa mucho ser el maestro avisado –digo de buen entendimiento– y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio; mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzando en verdad, yo más le querría sin oración; y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura hacemos lo que debemos; de devociones a bobas nos libre Dios”³⁹.

³⁷ Entre los años 1550 y 1560 hay una reacción contraria muy fuerte por parte de los dominicos Domingo Soto, Melchor Cano, Juan de la Cruz, y el inquisidor Fernando Valdés contra los espirituales, la oración mental y su valor, especialmente en mujeres, etc. En todo esto no faltaron también rencillas personales con otros autores y pensadores. El proceso contra el arzobispo Carranza, también dominico, y su famoso *Catecismo Cristiano*, es uno de los exponentes más claros de todo esto.

³⁸ V 22,3.

³⁹ V 13,16.

4. *Mujer y maestra*

Teresa estaba predestinada por Dios no sólo para ser iglesia discente sino también, en cierto modo, iglesia docente y enseñar a otros muchos los caminos de Dios.

El Vaticano II reconoce que el Espíritu Santo dirige y enriquece a la Iglesia con diversos dones jerárquicos y carismáticos (cf. LG 4), algunos de los cuales son más sencillos y comunes y otros son extraordinarios o especiales, según los designios de Dios sobre cada persona en bien de toda la Iglesia (cf. LG 12).

En el año 1970 el Papa Pablo VI reconoció oficialmente a Teresa de Jesús el carisma de ser maestra para toda la Iglesia, proclamándola doctora de la Iglesia: la primera mujer declarada oficialmente como tal en toda la historia. Un signo, sin duda, de nuestro tiempo; aunque, a nuestra mística, desde los albores del siglo XVII, a pocos años de su muerte, la Iglesia siempre le reconoció oficiosamente esta gracia en favor de los demás.

Con frecuencia, sin embargo, se pone de relieve en Teresa más su misión histórica de fundadora, lo cual en ella es fundamental, y para lo cual también, como ella misma reconoce, se necesita dones especiales de Dios⁴⁰, pero se olvida un tanto ese otro carisma, mucho más importante, al que he comenzado a referirme, que es el de ser mujer maestra en la Iglesia.

Teresa es consciente de este don que ha recibido de Dios. Reconoce que, si mucho recibió de personas y libros, quien le enseñó siempre el verdadero sentido profundo de las cosas propias y ajenas fue Dios.

Después de haber pasado un largo proceso espiritual, lleno no sólo de pasos hacia delante y hacia atrás, sino también de temores ante lo que le estaba pasando, dado que era mujer y oía mucho de engaños del demonio en su tiempo, especialmente a mujeres⁴¹, Teresa comienza un período de iluminación interior tal que le hace consciente de que ese tesoro no es sólo para ella, sino también para los demás. A este respecto comenta: “una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; otra es saber decirla y dar a entender cómo es. Y aunque no parece es menester más de la primera para no andar el alma confusa y medrosa e ir con más ánimo por el camino del Señor (...), es gran provecho entenderlo y merced; que por cada una es razón alabe mucho al Señor quien la tiene, y quien no, porque la dio su Majestad a alguno de los que viven, para que nos

⁴⁰ Cf. *Fundaciones* 4,7; SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva* 2,12.

⁴¹ Cf. V 23,2.

aprovechase a nosotros”⁴². Saber decir las cosas de Dios para provecho de los demás: he ahí el gran don que Dios dio a Teresa, y ahí están sus libros.

Pero a ella, como a mujer del siglo XVI, no le tocó vivir en un clima excesivamente fácil los dones que Dios le había dado. Explica que el carisma de fundadora se despertó en ella por el deseo de hacer algo positivo por su Iglesia, la de su tiempo, amenazada por divisiones internas. Viéndose “mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor”, son palabras suyas, pensó que “pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos”; y, continúa, “así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y está en mí”⁴³.

Y, si en el siglo XVI poco podían hacer las mujeres por la Iglesia de una forma activa, según confiesa la misma Santa en el texto apenas citado, era también poco lo que podían en el campo de lo espiritual. En la misma primera redacción del *Camino de Perfección*, unos capítulos más adelante, se exploya y desahoga nuestra mística con un texto bien significativo, que fue tachado por el censor, y que sólo en nuestro siglo, en torno a los años sesenta, pudo ser leído completamente gracias a las técnicas modernas. Dice así: “No aborrecisteis, Señor de mi alma, cuando andabais por el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor (aquí empieza las tachaduras) y más fe que en los hombres, pues estaba vuestra sacratísima Madre (...) ¿□No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces, para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloremos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán, y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública, sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres”⁴⁴.

Frente a la prohibición a las mujeres de predicar con las palabras, Teresa recomienda a sus hijas “ser predicadoras de obras, pues el Apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos en las palabras”⁴⁵. Texto, que sin duda, denota una vez más su sufrimiento y resistencia interior ante los hechos.

⁴² V 17,5.

⁴³ CE 1,2.

⁴⁴ CE 4,1.

⁴⁵ CV 16,6; cf. CE 11,4 y 7.

Pero ella habla y escribe, porque cree razonable que nadie le puede impedir hablar y escribir de las cosas de Dios a sus hijas, como madre que es de ellas⁴⁶, o también porque “mejor se entienden el lenguaje unas mujeres con otras”⁴⁷.

Pero donde da la cara y la batalla más decidida es en el tema del bien de la oración mental en cuanto tal, y en que las mujeres, y las monjas en cuanto mujeres, puedan orar mentalmente sin caer en graves peligros y herejías, como algunos defendían⁴⁸. Afirma: “Quien os dijere que éste es peligro, tenedle a él por el mismo peligro, y huid de él (...); peligro será no tener humildad y otras virtudes; más camino de oración camino de peligro, nunca Dios tal quiera”⁴⁹.

Los que veían peligros en el camino de la oración parece que querían reducir el deber y la necesidad de orar por parte del cristiano y de las monjas a un puro limitarse a la recitación de oraciones vocales, sin mayor profundización en la fe y consideración de lo que se estaba diciendo. Frente a dicha actitud, Santa Teresa dedica una parte importante del *Camino de Perfección* a argumentar sobre la necesidad de una oración más reflexiva y personal, precisamente a partir de lo que otros admitían –la oración vocal–, que, sin embargo, ella no acepta como pura recitación material. Por eso, entre otras cosas escribe: “Claro está que hemos de ver lo que decimos, como he dicho. No puedan decir por nosotras que hablamos y no nos entendemos, salvo si no decís que no es menester esto, ya que os vais por la costumbre, que basta decir las palabras. Si esto basta o no, no me entremeto; eso es de letrados (...) Acá querría yo, hijas, no nos contentemos con eso; porque cuando digo ‘Credo’, razón me parece será, y aún obligación, que sepa lo que creo; cuando digo ‘Pater’, amor me parece será entender quién es ese Padre. Pues también será bien que veamos quién es el maestro que nos enseña esta oración”⁵⁰.

Da, pues, la batalla en favor de un verdadero conocimiento y profundización de la fe a partir de un tema tan querido y vital para ella como es el camino de la oración personal; sin duda como un camino importante de asimilación personal y vital de la fe, que incluye además algo tan personal y personalizador como es la reflexión propia en clima de fe y amor. En el fondo vendría a decir que, sin una adecuada asimilación y profundización en la fe,

⁴⁶ Cf. CV 24,2.

⁴⁷ *Moradas*, prólogo 5; cf. CE, prólogo 3.

⁴⁸ Cf. CV 21-23.

⁴⁹ CV 21,7.

⁵⁰ CE 40,1.

no se puede orar de forma adecuada, y que una cosa ha de llevar a la otra. Y que de esto la mujer orante, en cuanto mujer creyente, no puede quedar ni mucho menos dispensada ni excluida.

A este respecto me parece importante recordar aquí que, en la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* (VC), el papa Juan Pablo II hizo un llamamiento a imitar en la Iglesia de nuestro tiempo el ejemplo de Teresa de Jesús, Catalina de Siena y tantas otras grandes mujeres místicas del pasado, que supieron sondear el misterio de Dios y su acción en el creyente desde su propia condición y dignidad de mujer. Para lo cual insiste en la importancia de tomarse en serio su propia formación en la fe (cf. VC 58). Aunque en dicho texto el Papa se dirige más directamente a las mujeres consagradas, por ser el tema del documento en cuestión, el reto creo que es universal, y tenerlo en cuenta hoy nos afecta a todos en la Iglesia: religiosos y laicos, hombres y mujeres, seglares o clero, más allá de las alabanzas y elogios que solemos dirigir, merecidamente desde luego, a estas grandes figuras del pasado.

II. EL CAMINO DE PERFECCIÓN, UN LIBRO PARA ENSEÑAR A ORAR

Voy a dedicar esta segunda parte de mi exposición a hacer algunas breves referencias al libro *Camino de perfección*⁵¹, como libro que es de gran importancia para comprender el estilo pedagógico de Teresa como maestra de oración.

1. Desde la experiencia, y pensando en personas concretas

Desde la misma introducción de la obra quedan bien delimitados una serie de datos sobre el origen, la finalidad, el estilo y la contextura pedagógica de la misma. Le han pedido y dado permiso para que escriba sobre la vida de oración a las hermanas de la comunidad del monasterio de san José de Ávila que ella ha fundado. Es este grupo de religiosas el que ella tiene presente en su exposición, en una especie de coloquio a la vez materno y fraternal con las hermanas. La validez y verdad de la propia experiencia tere-siana que está en la raíz de todo lo que aquí se dice es lo que hace que todos de alguna manera nos podamos sentir hoy dentro de ese pequeño grupo de discípulos a los que se dirige santa Teresa.

Pero dejemos que sea la misma Santa quien nos explique todo esto: "Sabiendo las hermanas de este monasterio de San José cómo tenía licencia del

⁵¹ Me remito aquí a lo que dije más arriba sobre las posibles fechas de composición de este escrito teresiano, en sus dos redacciones.

Padre Presentado Fray Domingo Bañes, de la Orden del glorioso Santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oración en que parece podré atinar por haber tratado con muchas personas espirituales y santas, me han tanto importunado les diga algo de ella, que me he determinado a las obedecer, viendo que el amor grande que me tienen puede hacer más acepto lo imperfecto y por mal estilo que yo les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos de quien sabía lo que escribe. Y confío en sus oraciones que podrá ser por ellas el Señor se sirva acierte a decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene. Y si fuere mal acertado, el Padre Presentado que lo ha de ver primero, lo remediará o lo quemará, y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios, y verán lo que tengo de mí cuando Su Majestad no me ayude. Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio, que –por serlo tanto– por ventura no hacen caso de ellas, y otras cosas, como el Señor me diere a entender y se me fueren acordando, que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto; y creo es lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto. El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos para que vaya conforme a su santa voluntad, pues son éstos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas como yo soy. Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiese para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada, y a cosa tan flaca como somos las mujeres todo nos puede dañar; porque las sutilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ven son menester armas nuevas para dañar. Yo, como ruin, heme sabido mal defender, y así querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosa que en mí, o por verla en otras, no la tenga por experiencia⁵².

No se trataba, pues, de que no existieran libros sobre la oración en tiempos de Teresa, sino de que ella sentía que tenía que decir su propia palabra, al menos a sus hermanas, tanto sobre la oración como sobre algunas cosas referentes a la misma que no le acaban de gustar como se solían explicar.

Esto se notará no sólo en el estilo de la obra –muy coloquial y pedagógico, con continuas referencias, aplicaciones y ejemplos concretos tomados de la propia vida–, sino también en la estructura de la misma.

⁵² CV, prólogo 1-3

Por ejemplo, no empezará hablando directamente de la oración, sino que se detendrá varios capítulos en hablar del sentido de la propia vocación de oración en la Iglesia⁵³. Orar sólo pensando en uno mismo no le parece demasiado acertado a Teresa⁵⁴.

Seguirá después hablando de algunas virtudes o actitudes fundamentales a tener en cuenta y no olvidar en el camino de la oración, porque ella sabe por experiencia que no basta con rezar, si no se pone igual empeño en vivir de acuerdo con la verdad del evangelio. Y como experimentada en estas lides introduce el tema de la manera siguiente: "En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa, y lo dicho hasta ahora, para en pago de lo que dijere, os pido yo cumpláis y leáis muchas veces de buena gana. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias que, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor, y es imposible si no las tienen ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. El Señor me dé el favor para ello y me enseñe lo que tengo de decir, porque sea para su gloria, amén. No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, que por este camino merecieron este nombre. Yerro

⁵³ Cf. CV 1-3. Entre otras cosas dice: "Todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío" (CV 1,2). Y en otro lugar más adelante apostilla: "Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se nos vaya ya ninguno con los contrarios, y a los capitanes de este castillo o ciudad, los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos; y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar. Y pues para lo uno ni lo otro no valem nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora al Señor" (CV 3,2).

⁵⁴ A este respecto comenta: "No os parezca inútil ser continua esta petición, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma; y ¿qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración, y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? ¡Cuánto más el provecho de muchas y la honra del Señor! De penas que se acaban no hagáis caso de ellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. Siempre os informad lo que es más perfecto. Así que os pido por amor del Señor pidáis a Su Majestad nos oiga en esto. Yo, aunque miserable, lo pido a Su Majestad, pues es para gloria suya y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos" (CV 3,6).

sería buscar otro ni desprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar (...) porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas”⁵⁵.

A explicar todo esto no dedica sólo algún que otro párrafo, sino varios capítulos⁵⁶; lo cual nos da una idea de la importancia que le concede Teresa a estas actitudes en el camino de la oración, o si se prefiere, para ser más precisos, en el camino de una verdadera comunidad orante.

2. *Entre la contemplación y la oración vocal*

Sabedora la Santa de las dificultades que planteaban algunos teólogos de su tiempo a la práctica, por parte de las mujeres sobre todo, de la oración mental y contemplativa, –y de ello son testigo los capítulos 16 al 26 de *Camino*⁵⁷–, afronta el tema de las formas de orar, vocal, mental, y contemplati-

⁵⁵ CV 4,3.

⁵⁶ Cf. CV 6-15.

⁵⁷ Un ejemplo a este respecto, entre otros muchos que encontramos en dichos capítulos, puede ser el texto siguiente: “Sabed, hijas, que no está la falta para ser o no ser oración mental en tener cerrada la boca. Si hablando, estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios con más advertencia que en las palabras que digo, junto está oración mental y vocal. Salvo si no os dicen que estéis hablando con Dios rezando el Paternóster y pensando en el mundo; aquí callo. Mas si habéis de estar, como es razón se esté, hablando con tan gran Señor, que es bien estéis mirando con quién habláis y quién sois vos, siquiera para hablar con crianza (...) Pues nunca Vos, Señor, permitáis se tenga por bueno que quien fuere a hablar con Vos, sea sólo con la boca. ¿Qué es esto, cristianos, los que decís no es menester oración mental? ¿Entendéis os? Cierito, que pienso que no os entendéis, y así queréis desatinemos todos: ni sabéis cuál es oración mental ni cómo se ha de rezar la vocal ni qué es contemplación, porque si lo supieseis no condenaríais por un cabo lo que alabáis por otro. Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten, hijas; que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algún trabajo en este caso, y así no querría que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo a algún caminante que va errado y que ha perdido el camino, le hacen andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por dónde ha de ir se cansa y gasta el tiempo y llega más tarde. ¿Quién puede decir es mal, si comenzamos a rezar las Horas o el rosario, que comience a pensar con quién va a hablar y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal que vais a rezar, ocupéis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar a hablar a un príncipe con

va, con un esquema un tanto original. Es decir, no empieza por la oración vocal, como era habitual, sino directamente por la llamada a la oración contemplativa, para pasar después a la oración mental y, finalmente, a la vocal⁵⁸, entre las que indica fundamentalmente el Paternoster y el Ave María⁵⁹. Es a partir de ahí que arranca su explicación o comentario del Padrenuestro. De su mano Teresa se presenta como una artista consumada en sabernos explicar que también desde una oración vocal, en concreto el Padrenuestro, se puede llegar a vivir una oración de verdadero recogimiento y quietud interior, una oración verdaderamente contemplativa, de la que, por otra parte, la vida diaria no se queda fuera, ni mucho menos, como veremos en algún ejemplo más adelante.

No se sabe bien cómo se le pudo ocurrir a santa Teresa hacer del comentario al Padrenuestro el eje fundamental de su explicación sobre cómo se ha de orar. Ciertamente, no es ella el primer escritor cristiano a quien se le ocurrió esta idea, porque es algo que ya desde la antigüedad lo hicieron autores como Cipriano, Orígenes, Agustín, entre otros. Y en su siglo y

el descuido que a un labrador, o como con una pobre como nosotras, que como quiera que nos hablaben va bien" (CV 22,1-3).

⁵⁸ Entre otras cosas, en estos capítulos no sólo aborda los temas más o menos habituales al respecto, sino que plantea temas muy importantes para ella, vistos incluso desde su propia experiencia: la llamada a la vivir la gracia de la contemplación, que no siempre se acoge como se debería e incluso casi se pone trabas a la misma por nuestra parte (CV 16); o también, que no todos, sin embargo, son para contemplación (CV 17), y los trabajos de los contemplativos (CV 18); los que no pueden discurrir con el entendimiento (CV 19); la consolación en el camino de la oración, que nunca suele faltar por diversas vías (CV 20); la importancia de comenzar este camino con determinación (CV 21 y 23); en qué consista la oración mental (CV 22); la unión entre oración vocal y mental (CV 24-25); medios para recoger el pensamiento (CV 26; cf. 29); la oración de quietud (CV 31).

⁵⁹ Es curioso constatar cómo Teresa toma los argumentos en contra y los vuelve a su favor. Por ejemplo, escribe: "muchas veces acaece con decirnos: 'hay peligros', 'fulana por aquí se perdió', 'el otro se engañó', 'el otro, que rezaba mucho, cayó', 'hacen daño a la virtud', 'no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones', 'mejor será que hilen', 'no han menester esas delicadezas', 'basta el Paternoster y Avemaría'"(CV 21,2). A lo que responde unos capítulos más adelante: "Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y) aun puedo decir enseñaros, porque, como madre, con el oficio de priora que tengo, es lícito, cómo habéis de rezar vocalmente, porque es razón entendáis lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios puede ser que oraciones largas también le cansen, tampoco me quiero entrometer en ellas, sino en las que forzado habemos de rezar, pues somos cristianos, que es el Paternóster y Avemaría; porque no puedan decir por nosotras que hablamos y no nos entendemos, salvo si no nos parece basta irnos por la costumbre, con sólo pronunciar las palabras, que esto basta. Si basta o no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán. Lo que yo querría hiciésemos nosotras, hijas, es que no nos contentemos con solo eso" (CV 24,2; cf. 25,3).

ambiente, el siglo XVI español, también se podían encontrar comentarios al Padrenuestro en algunos escritos y libros espirituales y catequéticos. El mismo *Catecismo Romano* de san Pío V, contemporáneo en su redacción definitiva del *Camino de perfección* (1566), consagró una parte, la cuarta, a la oración, dedicando un espacio bastante amplio de la misma a comentar el Padrenuestro. Pero esta obra estaba en latín, lengua que no entendía Teresa. Lo cierto es que no era muy común en su tiempo hacer del Padrenuestro el eje de los tratados de oración. Piénsese, por ejemplo, en los de Fray Pedro de Alcántara o de Fray Luis de Granada, autores que, por otra parte, ella recomienda leer a sus hijas en sus *Constituciones*⁶⁰.

Por otra parte, la que había definido la oración mental como “tratar de amistad con Dios, estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama”⁶¹, no podía olvidarse de esta convicción a la hora de ponerse a enseñar a orar a otros. Esto será algo que aparecerá muy claro a lo largo de toda su explicación del Padrenuestro. Pero ya en un capítulo anterior quiso resumir de alguna manera la importancia de esta actitud. Así nos dice: “Procurad luego, hija, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al mismo Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando. Y creedme, mientras pudiereis no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos y El ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis –como dicen– echar de vos; no os faltará para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes: ¿pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas, las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento ni podéis tener el pensamiento sin divertirlos!, ¡acostumbraos, acostumbraos!”⁶². Luego añade que la oración no es cuestión de sacar muchas ideas ni tener grandes consideraciones, sino poner los ojos en Cristo, mirándole y contemplándole⁶³; lo que para ella significa contemplar en concreto a Cristo en sus diferentes misterios y hechos salvadores, pudiendo escoger incluso según mejor nos vaya en cada momento, pero dispuestos con la voluntad a estar siempre con Él, incluso en los momentos más exigentes y difíciles⁶⁴. A todo ello puede ayudar también tener delante una imagen de Cristo o servirse de un buen libro⁶⁵,

⁶⁰ 1,13.

⁶¹ V 8,5.

⁶² CV 26,1-2.

⁶³ Cf. CV 26,3.

⁶⁴ Cf. CV 26,5-8.

⁶⁵ Cf. CV 26, 9-10.

pero, insiste, lo más importante es dejarse enseñar por Jesús, en una actitud de discípulo. “Y tórnos a certificar, concluye, que si con cuidado os acostumbráis a lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia que, aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, muy determinadas a deprender lo que os enseña, y Su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama”⁶⁶.

3. De la mano del Padrenuestro

Una parte muy importante del libro *Camino de perfección* está dedicado precisamente a enseñarnos, de una forma práctica, cómo se puede orar a partir del Padrenuestro y sus diferentes peticiones⁶⁷.

Teresa no hace un comentario seco y frío, sino que desde el principio nos introduce en el misterio de la comunión con Jesús maestro y con el Padre. Explica orando, dirigiéndose ella en algunos momentos al Padre y en otros a Jesús. En ocasiones nos hace ver lo que Jesús dice al Padre por nosotros y en nuestro nombre. Y, como no podía ser menos, entre este Padre y este Hijo, afirma que no puede faltar el Espíritu Santo⁶⁸.

También se dirige continuamente a sus lectores para hacerles ver cómo es el Dios a quien nos dirigimos en la oración, y lo que esto supone en nuestro estilo concreto de vida. Textos estos que rezuman por todas partes una teología muy viva, y a la vez sencilla y universal, incluso en muchas de las aplicaciones concretas a la vida de las carmelitas.

Un ejemplo muy claro de lo que vengo diciendo lo encontramos en el comienzo mismo de la declaración del Padrenuestro. Comentando la primera invocación, “Padre nuestro que estás en los cielos”, exclama: “¡Oh Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo y cómo parece vuestro Hijo de tal Padre! ¡Bendito seáis por siempre jamás! ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando, nos henchís las manos y hacéis tan gran merced que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar de manera la voluntad que no pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien

⁶⁶ CV 26,10,

⁶⁷ Cf. CV 27-42.

⁶⁸ Comenta: “¡Oh, válgame Dios!, y que hay aquí en qué os consolar, que por no me alargar más lo quiero dejar a vuestros entendimientos; que por disparatado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre forzado ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad y os la ate tan grandísimo amor, ya que no baste para esto tan gran interés” (CV 27,7).

venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta razón se entraría el alma en sí para poder mejor subir sobre sí misma a que le diese este santo Hijo a entender qué cosa es el lugar adonde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra”⁶⁹.

E inmediatamente se dirige Cristo en parecidos términos, y escribe: “¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar? Obligáisle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él, como al hijo pródigo hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en El no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos”⁷⁰.

Como podemos ver, en éste, como en otros muchos momentos de esta explicación, para motivar el sentido de la petición correspondiente Teresa recurrirá a recordarnos las enseñanzas de los evangelios; lo que contribuye a dar un gran sentido evangélico y universal a sus explicaciones.

También las conclusiones y aplicaciones que va sacando de todo ello son importantísimas y plenamente evangélicas. Por ejemplo, en este mismo capítulo al que nos estamos refiriendo sobre Dios como Padre, aboga por una relación fraternal entre todos los que nos sentimos hijos de Dios, superando de hecho cualquier otro criterio humano de distinción de clases entre las personas. En su opinión, esto es algo con lo que no podemos andar jugando ni en bromas⁷¹.

⁶⁹ CV 27,1.

⁷⁰ CV 27,2.

⁷¹ Ya clásico y muy conocido es el siguiente texto teresiano: “Pues ¿paréceos ahora que será razón que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entender con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo que no procure saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tanta majestad y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal que si el padre es más bajo del estado en que está el hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plega a Dios haya acuerdo de cosa de éstas, sería infierno; sino que la que fuere más, tome menos a su padre en la boca. Todas han de ser iguales. ¡Oh Colegio de Cristo, que tenía más mando San Pedro con ser un pescador y le quiso así el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de rey!

Podríamos así ir desmenuzando sus otras explicaciones sobre las restantes peticiones del Padrenuestro. Pero iríamos muy lejos en lo que ha sido la encomienda inicial que se me hizo y mi propósito en este trabajo. Remito, sin embargo, al lector a tomar contacto directo con lo que algunos han dado en llamar “el Padrenuestro teresiano”. No quisiera, sin embargo, acabar esta exposición sin traer aquí otras dos referencias de Teresa respecto del orar con el Padrenuestro.

La primera es una recomendación. Para que la oración vocal aproveche y sea de verdad oración, habría que procurar más degustarla, teniendo una actitud contemplativa y acogedora del don que Dios quiera darnos en ese momento, que simplemente recitarla. Por experiencia propia y ajena la Santa sabe mucho de esto, y comenta: “Ya puede ser yo me engañe en esto, mas véolo y sé que pasa así, y tengo para mí que por eso no hay muchos más espirituales; porque, como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, con no tornar a aparejarse a recibirla, sino sacar al Señor de las manos la voluntad que ya tiene por suya y ponerla en cosas bajas, vase a buscar adonde le quieran para dar más, aunque no del todo quita lo dado cuando se vive con limpia conciencia. Mas hay personas, y yo he sido una de ellas, que está el Señor enterneciéndolas y dándolas inspiraciones santas y luz de lo que es todo, y, en fin, dándoles este reino y poniéndolos en esta oración de quietud, y ellos haciéndose sordos. Porque son tan amigas de hablar y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada día, que aunque, –como digo– les ponga el Señor su reino en las manos, no lo admiten; sino que ellos con su rezar piensan que hacen mejor, y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, sino estad sobre aviso cuando el Señor os hiciere esta merced. Mirad que perdéis un gran tesoro y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del Paternóster, que con decirle muchas veces aprisa. Está muy junto a quien pedís, no os dejará de oír. Y creed que aquí es el verdadero alabar y santificar de su nombre, porque ya, como cosa de

Sabía Su Majestad lo que había de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa sino debatir si será buena para adobes o para tapias. ¡Válgame Dios, qué gran trabajo traemos! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en Su Majestad que sí hará. Cuando algo de esto en alguna hubiese, póngase luego remedio y ella tema no sea estar Judas entre los Apóstoles; denla penitencias hasta que entienda que aun tierra muy ruin no merecía ser. Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús. No se conozca aquí otro padre para tratar de él. Y procurad, hijas mías, ser tales que merezcáis regalaros con Él, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí, si sois buenas hijas. Pues ¿quién no procurará no perder tal Padre?” (CV 27,6).

su casa, glorificáis al Señor y alabáisle con más afección y deseo, y parece no podéis dejarle de servir”⁷².

La otra afirmación es indicio del aprecio y el valor que Teresa da al Padrenuestro en el camino de la vida espiritual. De hecho, siguiendo una tradición antigua, recordada hoy en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. nº 2761-2777), ella afirma, al acabar su exposición, que “la oración evangelical (...) encierra en sí todo el camino espiritual”⁷³.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, T., *Estudios teresianos*, 3 vols. (Burgos, Monte Carmelo, 1995-1996) 788, 661, 702 pp.
- ÁLVAREZ, T. – J. CASTELLANO, J., *Teresa de Jesús, enseñanos a orar* (Burgos, Monte Carmelo, 1981) 247pp.
- ÁLVAREZ, T., *Paso a paso. Leyendo con Teresa su Camino de Perfección* (Burgos, Monte Carmelo, 1995) 311 pp.
- ANDRÉS, M., *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América* (Madrid, BAC, 1994) 490 pp.
- BARRIENTOS, A. (dir.), *Introducción a la lectura de santa Teresa* (Madrid, EDE, 2002) 678 pp.

⁷² CV 31,12-13.

⁷³ CV 42,5. El texto completo dice así: “Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo enseñando a vosotras y a mí el camino que comencé a deciros, dándome a entender lo mucho que pedimos cuando decimos esta oración evangelical. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento que había tan grandes secretos en ella, que ya habéis visto encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darla abundantemente a beber de la fuente de agua viva que dije estaba al fin del camino. Parece nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y es gran provecho para las personas que no saben leer. Si lo entendiesen, por esta oración podían sacar mucha doctrina y consolarse en ella” (CV 42,5). Todo lo cual se completa con lo que había escrito unas páginas más adelante respecto de que “son poquísimos a los que engaña el demonio de los que rezaren el Paternóster como queda dicho” (CV 39,6).

- HERRÁIZ, M., *Teresa de Jesús, testigo y maestra de oración* (Madrid, IED, 1987) 103 pp.
- HERRÁIZ, M., *La oración, historia de amistad* (Madrid, EDE, 6º2003) 216 pp.
- LÓPEZ, A. M., *Experiencia de fe en Teresa de Jesús* (Madrid, Narcea, 1981) 173 pp.
- PABLO MAROTO, D. DE, *Dinámica de la oración. Acercamiento del orante moderno a Santa Teresa de Jesús* (Madrid, EDE, 1973) 319 pp.
- SABUGAL, S., *El Padrenuestro en la interpretación catequética antigua y moderna* (Salamanca, Sígueme, 1982) 448 pp.
- SABUGAL, S., *Abbá... La oración del Señor* (Historia y exégesis teológica; Madrid, BAC, 1985) 759 pp.
- TERESA DE JESÚS, *Comentario al Padre Nuestro*. Revisión del texto, introducción y notas de Daniel de Pablo Maroto (Madrid, EDE, 1982) 89 pp.